

DARRYL PONICSÁN

El último deber

Traducción y notas de
ÓSCAR MARISCAL



Berenice

Título original: *The Last Detail*
All rights reserved. Published by arrangement with
Skyhorse Publishing Inc.

First Skyhorse Edition 2017

© DARRYL PONICSÁN, 1970
Renewed © DARRYL PONICSÁN, 2005
© de la traducción y notas: ÓSCAR MARISCAL, 2017

© EDITORIAL BERENICE, S.L., 2018

www.editorialberenice.com

Primera edición: enero de 2018
Colección NOVELA

Director editorial: JAVIER ORTEGA
Maquetación: ÁNGELA JIMÉNEZ

Impresión y encuadernación:
CPI BLACK PRINT

ISBN: 978-84-17229-57-3
Depósito Legal: CO-2370-2017

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión
total o parcial de este libro sin la autorización previa y por
escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España/*Printed in Spain*

PREFACIO A LA NUEVA EDICIÓN

LLEGÓ UN MOMENTO en que me dolía al sentarme. Ignoré el dolor durante unos días, y como no desaparecía bajé a la enfermería. Mi barco, el USS *Monrovia* —buque insignia de la Escuadra Anfibia N° 8 (la «flota del cocodrilo») —, estaba atracado en un muelle de la Base Naval de Norfolk, Virginia. Habíamos regresado recientemente del Caribe y nos preparábamos para partir hacia el Mediterráneo, donde participaríamos en unos ejercicios. Un médico de segunda clase me ordenó que me bajara los pantalones de faena y me inclinase. Me examinó y me diagnosticó un quiste pilonidal.

El médico me envió al Hospital Naval de Portsmouth para su evaluación. Allí me confirmaron que tenía un quiste pilonidal que requería cirugía y una recuperación postoperatoria de no menos de treinta días. Me parecía un poco excesivo, pero traté de no cuestionar los métodos de la Marina.

El *Monrovia* zarparía en tres días para una travesía de nueve meses, aparentemente sin mí, lo que hacía que la cirugía valiese la pena: estaba harto del servicio marítimo y de ese barco en particular. En verdad, estaba harto de la Armada de los Estados Unidos. Las Fuerzas

Armadas te colocan en un lugar donde todas las cosas —y no necesariamente las mejores— son posibles.

Ingresé en el hospital un viernes, con la intervención programada para el martes siguiente. Un pabellón entero estaba ocupado por pacientes que se recuperaban de la resección de un quiste pilonidal. Los pacientes ambulatorios fregaban la *cubierta* todas las mañanas y luego se reunían en el salón de día, al final del pabellón, para jugar al Monopoly. Me uní a ellos durante el fin de semana, y todos parecían empeñados en encontrar nuevas formas de pintarme el horror y la agonía a los que iba a enfrentarme.

El lunes por la mañana fuimos visitados en nuestras camas, y se nos ordenó que adoptáramos la posición de exploración. Imitando a los demás, me subí la bata y me incliné sobre la cama. Un médico apuntó su linterna hacia el área afectada. ¡Mi quiste había desaparecido milagrosamente! La opinión facultativa era que se trataba de un quiste común que había sido reabsorbido.

No habiendo zarpado aún mi nave, pensé que sería capaz de abordarla a tiempo, pero el procedimiento operativo estándar establecía siete días para dar de alta a un paciente del hospital. Una vez más, trate de no cuestionar los métodos de la Marina. Así comenzó una de las semanas más extrañas —y de esas tuve unas cuantas— de mi servicio en la Armada. Me agregaron al hospital como destino temporal mientras se procesaba mi alta. Mis deberes eran limpiar la *cubierta* y ayudar a cualquier enfermero que me lo pidiera, aunque ninguno lo hizo nunca. Disfrutaba de un permiso diario de 16:00 a 24:00, conocido en la Armada como «el permiso de Cenicienta».

El rancho del hospital era tan bueno que sacrificaba mi primera hora de libertad para comer allí antes de

irme de ronda por los bares de Norfolk, los cuales, además de una más que decente biblioteca pública, son todo lo que recuerdo de esa ciudad. A las 23:45 cogía un taxi para regresar al hospital, me tambaleaba hasta mi sala y me dejaba caer en la cama.

Careciendo de amigos allí, no me importó dedicarme a holgazanear durante mi semana en el limbo. No tenía conexión con mi puesto, estaba solo y mi dinero se agotaba rápidamente. Fantaseaba con lo que ocurriría si alguien extraviaba mi historial y me quedaba atrapado en el hospital. Había oído hablar de casos similares. En efecto, era un miedo común entre los militares.

Durante mis años de servicio escribí relatos cortos y poesía. Había descubierto a bordo del buque un escondite en la sala de mimeografía, donde pasaba el poco tiempo libre de que disponía escribiendo. Mi primera historia publicada apareció en *Trace*, una pequeña revista trimestral, mientras aún servía en la Armada. Cobré el cheque de 25 dólares en San Juan, Puerto Rico, y lo gasté todo el mismo día en combinados de vodka en el Trader Vic's. Cualquiera diría que más me habría valido emplear mi tiempo libre en el hospital escribiendo, y lo cierto es que también lo hice, pero esa es otra historia: mi novela *Cinderella Liberty*.

Liberado del hospital, pasé otra semana en el limbo en los barracones de tránsito. Después de mi anterior semana como crápula, aproveché para ponerme en forma jugando al baloncesto. Una noche me despertó un ordenanza diciéndome que cogiera mis bártulos: volvía al *Monrovia*. Aun con todas sus deficiencias, aquel buque era lo más parecido que tenía a un hogar, de modo que aquella era una buena noticia. En ese momento no podía imaginar que tardaría más de dos meses en pisar su cubierta.

Me presenté en el USS *Intrepid*, ahora museo flotante en Nueva York. Una vez más, tenía un servicio transitorio, en esta ocasión en el mar. Fui nombrado «asistente del consejero de orientación profesional». El consejero de orientación profesional no necesitaba un asistente; y lo cierto es que el USS *Intrepid* tampoco necesitaba un consejero de orientación profesional. La oficina mediría unos cuatro por seis pies, apenas suficiente para nosotros dos y un escritorio. El consejero era un veterano de primera clase que nunca vería otra promoción; se mantendría caritativamente en servicio hasta que pudiera retirarse. Un marinero grande, fuerte y cordial; le encantaba jugar al ajedrez, y eso fue todo lo que hicimos. (Jugamos durante dos meses, en los que se mantuvo invicto. Cuando finalmente conseguí ganarle, dejó de jugar. Más tarde a mí me pasaría lo mismo. Jugué con un camarada del buque durante meses vapuleándolo de continuo, hasta que un día me ganó y nunca más volví a jugar. No tengo explicación para ello). A bordo del *Intrepid*, solo en dos ocasiones entró algún marinero a nuestra oficina solicitando información sobre el reenganche; en ambas animamos al hombre a que lo hiciera.

Durante esas largas horas vacías que dedicábamos a jugar al ajedrez, el consejero y yo intercambiábamos batallitas de marineros. Le hablé principalmente de mis desventuras en los periodos de tránsito, y él a su vez me contó uno de sus servicios transitorios como escolta —*cazador* en la jerga de la Marina— de un prisionero. Él y otro marinero veterano recibieron órdenes de trasladar a un marinero recluta de dieciocho años desde Corpus Christi, Texas, a la prisión naval de Portsmouth, New Hampshire. El tribunal militar había

condenado al muchacho a doce años por robar una hucha de cuestación contra la polio en una oficina de la Caja de Ahorros de la Armada. Esas cosas suceden, o al menos lo hacían entonces. Las sentencias draconianas por delitos relativamente menores no eran raras.

Al contrario que otras ramas de las Fuerzas Armadas, la Marina no cuenta con un cuerpo de Policía formado por efectivos fijos: cualquier suboficial, en una noche determinada, puede encontrarse patrullando con el brazalete de la SP^[1]. El problema —o la ventaja, dependiendo del punto de vista de cada uno— es que el marinerero que porta el arma o la porra, porta también sus sentimientos de compasión e identificación ante las desgracias del prójimo.

Fue un largo viaje en tren. Ni los *cazadores* ni el prisionero se conocían, pero tuvieron tiempo de hacerlo y bien. Los dos escoltas, faltando al espíritu del servicio, sintieron lástima por el prisionero al que conducían al infame presidio dirigido por la infantería de marina, a la que los marineros no tienen afecto y viceversa. Sus corazones les pedían que hiciesen algo por él, algo como ayudarlo a escapar a Canadá. Debiendo pasar el tren por la ciudad natal del chico decidieron apearse allí, contravinando el SOP^[2], para que el prisionero pudiera visitar a su madre y despedirse de ella. Pero no salió bien.

En vez de tratar de restañar su hemorragia emocional, decidieron probar algo más. Descubrieron que el chico era virgen, y que por lo tanto lo seguiría siendo al

1. *Shore Patrol*: Patrulla Costera. N del T.

2. *Standard Operation Procedure*: Procedimiento Operativo Estándar. N del T.

menos durante los próximos doce años... a no ser que ellos lo ayudaran a perder la virginidad.

Escuché la anécdota con todos sus detalles picantes, a veces tan divertida como para mearse de risa, a veces desesperadamente triste. Mi radar de escritor hizo «ping». La historia era perfecta. Un muchacho abrumado que no quería ser un problema para nadie, al cargo de dos veteranos divididos entre su agudo sentido del deber y el convencimiento de que lo que hacían estaba mal, entre un amable desprecio y un involuntario afecto por su prisionero. Tan pronto como pude encontrar un lugar y algunos momentos de soledad empecé a escribirla.

Trabajé en ella todo lo que pude durante el resto de mi servicio en el *Intrepid*, que incluyó escalas de libertad y libertinaje en Palma de Mallorca, Barcelona, Sicilia y algunos lugares más que han desaparecido misericordiosamente de mi memoria. Ciertamente extenuado, fui desembarcado en Nápoles y destinado —una vez más en tránsito— a su base naval. Por las noches me gustaba ir a la Piazza del Plebiscito, sentarme en una mesa en la calle y pedir una botella de vino tinto y varias copas. Invitaba a mi mesa a las prostitutas de la zona, que se iban turnando para descansar y tomarse una copa de vino conmigo y despotricar en un pobre inglés antes de volver al trabajo. Viví así unas pocas semanas hasta que otro ordenanza me despertó en medio de la noche para decirme que preparase mi petate. Me dio un sobre con mi historial y mis órdenes y me acompañó hasta un servicio de transporte que me dejó en un cruce desierto. El conductor me dijo que esperase allí. Vi alejarse el *jeep*. Eran las 04:00 de la madrugada y me hallaba solo

en algún lugar de Nápoles, vistiendo un brillante uniforme blanco.

Despuntaba el alba cuando otro *jeep* se detuvo junto a mí y lo abordé. Me llevó hasta un aeródromo, donde subí a un pequeño avión de la Marina. Solo había volado tres veces en mi vida, y nunca mirando hacia la cola. Para ir a dondequiera que fuéramos, dimos un amplio rodeo para sobrevolar la costa, buscando supervivientes de un naufragio del que no tenía noticia. Finalmente, aterrizamos en algún lugar de Turquía. Estuve sentado durante unas horas en un pequeño cuarto de una construcción de bloques de cemento, viendo la televisión turca, hasta que el civil al cargo me invitó a subir a un helicóptero.

Era un aparato ligero de la Armada, cuyos dos tripulantes tenían una buena razón para temer que no seríamos capaces de despegar: habían abarrotado el espacio de carga con alfombras turcas y ollas de cobre. Nadie les dijo que tendrían que añadir 180 libras de marinero. El pequeño helicóptero se esforzó valientemente hasta conseguir elevarse. Miré hacia abajo, sobre las escarpadas cumbres de un terreno montañoso no muy lejos de nosotros, constatando que no hallaríamos allí un lugar para aterrizar si nos veíamos obligados a ello, y recé para que en caso de necesitar aligerar peso los dos marines prefirieran sacrificar un par de alfombras a deshacerse de mí.

Una vez dejamos atrás las montañas, volamos directos hacia el mar. Me sentí aliviado cuando aterrizamos en su nave nodriza. Les di las gracias por el vuelo, y al poco se me ordenó descolgarme por el costado de la nave, usando la red de carga colgante, hasta la motora que se balanceaba debajo. Cuando llegué al extremo de la red,

dejé caer mi petate a la motora y esperé el momento adecuado para saltar. Sus dos tripulantes me jaleaban, apelando a mi virilidad. Salté y caí sobre uno de ellos. Al cabo de diez minutos rasando el agua a toda velocidad, distinguí la silueta del *Monrovia*. De nuevo en casa.

Trabajé en la historia corta en la sala de mimeografía durante el resto de mi servicio en la Armada, y luego la aparqué para preparar mi tesis en Cornell. Más tarde la llevé conmigo a Los Ángeles y trabajé en ella durante los veranos mientras enseñaba literatura en un instituto.

Soy un veterano de la guerra del Vietnam, según el club de motociclismo en el que ingresé no hace mucho, aunque estuve con la Sexta Flota y no disparé un solo tiro durante mi participación en el conflicto. Apenas fui consciente de la guerra hasta que volví a estudiar en Cornell, cuando era difícil dirigir tu conciencia hacia otra cosa. En Los Ángeles tomé parte en las protestas contra la guerra. Si bien no es uno de los temas de *El último deber*, la guerra del Vietnam está presente en cada página.

En el verano de 1969 asistí a un curso de escritura creativa en Cal State, Los Ángeles, impartido por un novelista llamado Wirt Williams, un oficial de la Armada retirado. Había seguido varios cursos de escritura anteriormente, primero en Muhlenberg y luego durante el posgrado en Cornell, pero Williams no dirigía su curso de la forma habitual, en la que los estudiantes leían en voz alta su trabajo para que el grupo lo criticase. Según él, eso solo facilitaba un intercambio de falsas alabanzas y condenas injustificadas entre aspirantes a escritores. Su método era plantear una serie de ejercicios para «ensuciarse las manos», que él discutía privadamente con cada alumno.

El ejercicio de la primera clase consistió en moverse como una cámara desde el punto A al punto B, describiéndolo todo a lo largo de su trayectoria. Volví a escribir de memoria el comienzo de *El último deber*, una descripción de los barracones de tránsito en Norfolk. Cuando me senté con Williams para discutirlo, me preguntó: «¿Hay más de esto?».

Le mostré lo que tenía y él se lo envió a su agente, Ned Brown, que me llamó para decirme que le gustaría representarme cuando acabara la novela. Entonces ni siquiera sabía si tenía una novela. Solo disponía de los fines de semana para trabajar en ella, pero fueron maratonianos. En octubre de ese año Brown llamó y me dijo que había vendido el libro a Dial Press. En noviembre llamó para decirme que había vendido los derechos de la película a Columbia. En enero de 1970 dejé mi empleo de maestro y me convertí en escritor a tiempo completo.

Hoy por hoy sigue siendo un misterio cómo la Columbia consiguió el libro. Mi agente no lo había presentado aún a ninguna compañía cinematográfica; todavía era un manuscrito inédito en ese momento. Cuando me presentaron al productor Gerald Ayres, recién trasladado de las oficinas ejecutivas a las de producción independiente en Columbia, le pregunté cómo había conseguido el libro. Me dijo que lo encontró en un vagón del metro de Nueva York.

Lo que siguió fue el proceso, realmente embriagador para mí, por el cual mi novela se convirtió en una película. Al principio yo quería hacer la adaptación, aunque ignoraba las diferencias entre escribir una novela y un guion cinematográfico, y ni siquiera había visto ninguno aún. Mi agente me aconsejó sabiamente que

me olvidara de ello. «Meterte en eso ahora te quitaría tiempo para escribir tu próxima novela», me dijo. Afortunadamente, Ayres me mantuvo involucrado en el proceso y disfruté de cada momento, aunque ignoraba que fuese a durar tanto tiempo.

Se elaboró un presupuesto de tres millones de dólares. Esto fue en 1970, y *El último deber* fue planeada como una producción importante de un gran estudio. Piense en ello, querido lector, yo lo hago a menudo.

Escogieron a Robert Towne como guionista. Lo único que sabía de él era que tenía una buena reputación como guionista y que había trabajado sin acreditar en algunas películas de éxito. Escribió una primera versión que encontró resistencia en el estudio. Esto, según supe más tarde, es un evento muy común en cualquier producción. El miedo era y es la fuerza impulsora en las oficinas ejecutivas de los estudios cinematográficos. Towne se defendió y se negó a hacer los cambios que le exigían. El proceso se detuvo.

Ayres me dio una copia del guion para que yo opinase. La lectura fue para mí una experiencia extraña e inquietante, empezando por la portada con el título: «*El último deber*, de Robert Towne». Aparte de eso, me alegró ver que mis diálogos representaban un 96 por ciento de cuanto se decía. Acepté ciertos cortes y ajustes de personajes como parte del proceso. Lo que más me molestó fue el nuevo final; yo defendía el del libro. (Unos años más tarde, después de haber escrito yo mismo un par de guiones, entendí por qué fue cambiado. Fue una decisión inteligente. Explicar las razones llevaría demasiado tiempo). Ayres me propuso tomar parte en la redacción del guion durante dos semanas, por diez mil dólares a la semana. Acababa de renunciar

a un sueldo de docente de diez mil al año por un trabajo mucho más peligroso. Acepté encantado. Una ventaja añadida era que mi contrato me permitiría ingresar en el Gremio de Escritores de América, y disfrutar de la correspondiente cobertura sanitaria. He sido un sindicalista desde entonces. Reescribí partes del guion durante dos semanas durísimas. Ayres y el estudio me agradecieron mis esfuerzos, pero poco de lo que agregué llegó a la película.

Durante el *impasse* que provocaron las diferencias entre los cineastas y el estudio, disfruté de las diferentes audiciones. En una estuvieron Steve McQueen y Bill Cosby, en otra Burt Reynolds y Roscoe Lee Brown. Finalmente se decidieron: Jack Nicholson interpretaría a Billy Bad-Ass junto a un actor negro llamado Rupert Crosse. Tenían problemas para conseguir al chico. El mejor posicionado era un actor *desconocido* llamado John Travolta. Me invitaron a almorzar con Ayres, Towne, Nicholson y Crosse en *The Source* en Sunset Strip, uno de los primeros restaurantes vegetarianos totalmente orgánicos de Los Ángeles. Las bromas entre Nicholson y Crosse, que ya se conocían, me transportaron a las páginas de mi propio libro. Poco después Ayres me telefoneó para decirme que ya tenían al chico. La mayoría de los mejores actores jóvenes de la época estaba a la altura del papel, pero Mike Nichols los instó a probar a uno que no figuraba en la lista: Randy Quaid. La sugerencia extrañó a todos. Para empezar, Randy era un pie más alto que Nicholson. Sin embargo, ¿quién podía ignorar una sugerencia de Mike Nichols? Probaron a Quaid, y cuanto parecía funcionar contra él acabó trabajando a su favor: su tamaño, su torpeza, su voz. Esa elección en particular fue un golpe de genio. Quaid, al

igual que Nicholson y Robert Towne, sería nominado para un Oscar.

El estudio acabó por aceptar que el guion no cambiaría. Esto fue durante ese breve periodo —que no duró toda la década, como se cree a menudo— en que los estudios admitieron que no sabían cómo crear películas y que debían confiar en el talento que lo hace. Aún tenían muchas dudas sobre el lenguaje, así que contrataron a Hal Ashby, un joven director en contacto con la contracultura, para dirigir el proyecto. La Marina de guerra y el gobierno de los EE.UU., como era de esperar, se negaron inmediatamente a cooperar, lo que significaba tener que rodar en Canadá. El proyecto fue tomando impulso de nuevo, hasta que a Rupert Crosse le diagnosticaron un cáncer terminal.

Fue una noticia devastadora. A pesar de su estado, Rupert aún deseaba trabajar en la película, así que todo se congeló mientras buscaba un tratamiento alternativo en Trinidad. No lo logró. Otis Young lo reemplazó y se retomó el rodaje.

Mientras sucedía todo esto, volví a mi experiencia en el hospital de la Marina. No pensaba escribir nada más sobre la Armada —no quería que me encasillaran—, pero en gran medida el responsable de la lentitud del proceso de llevar *El último deber* a la pantalla era su lenguaje, y eso me molestaba. La novela misma fue criticada por su lenguaje soez, aunque para los estándares actuales casi resulta ingenua. En su momento defendí su lenguaje argumentando, acertadamente, que es bien sabido que los marineros juran y maldicen como demonios. No obstante, comencé a imaginarme a un marino atrapado en un hospital, con su historial extra-

viado y la necesidad de reconstruir algo parecido a un hogar... al que le disgustaba jurar y maldecir.

A diferencia de *El último deber*, *Cinderella Liberty* circuló por una vía rápida. Fue comprada, aún inédita, por la 20th Century Fox. Esta vez el director, Mark Rydell, me pidió que escribiera el guion y me lancé a ello. Trabajé en él durante nueve meses, el doble de tiempo que me llevó escribir la novela. James Caan fue el elegido para encarnar al protagonista, junto a una actriz desconocida llamada Marsha Mason, que ganó el Globo de Oro y fue nominada a un Oscar.

Por una inusual alineación de fuerzas, ambas películas fueron estrenadas un mismo viernes de 1973. Durante unas semanas fui el escritor más deseado de la ciudad.

Pasaron treinta años, el tiempo suficiente para que pudiera encontrar mi camino de regreso a la oscuridad. Si no has estrenado una película en diez años, la gente de la industria asume que se saltó tu necrológica. Mi última película incluyó a Matt Damon y Ben Affleck cuando aún estaban en el candelero. Tampoco había publicado ningún libro desde entonces, a excepción de una curiosa serie de misterio de cuatro novelas con el seudónimo de Anne Argula.

Entre mis envejecidos fans, sin embargo, tenía a Tom Wright, un antiguo ejecutivo de la Paramount que, al igual que yo, se había exiliado a Seattle, donde nos conocimos. Cada vez que me encontraba con él me recitaba diálogos de *El último deber* y me recordaba que era una de las películas clásicas de la Edad de Oro de Hollywood, e insistía en que debería haber una secuela después de todos esos años.

Cuando los Estados Unidos se metieron en un nuevo

lodazal chupador de almas, esta vez en Irak, a Tom le entró curiosidad por saber dónde estarían Billy Bad-Ass, Mule y Meadows, y lo que pensarían de Bush y su guerra. A mí no me importaba. Lo cual no significa que no me importara la guerra. Los cuerpos regresaban de Irak en medio de un apagón informativo para proteger la privacidad de las familias. Cada noche, en un estado de absoluta desolación, veía pasar en la televisión la lista silenciosa de los nombres y edades de las víctimas. Arruiné un par de cenas denunciando la cínica crueldad del conflicto y la situación de los hombres y mujeres jóvenes encargados de combatir en él, sin que ninguno de ellos tuviera relación alguna con los que lo provocaron: hombres privilegiados que nunca tuvieron que ir a la guerra.

Tom continuó azuzándome, y mientras le decía que no, ya pensaba en cómo superar el primer obstáculo para escribir la secuela: una idea que exigía una suspensión de la incredulidad, aunque cosas más extrañas se han visto. Como ya dije, en las Fuerzas Armadas todas las cosas son posibles. (Durante tres meses, verbigracia, yo fui el único marinero en un olvidado depósito de la Armada atendido por doce soldados en el quinto pino de Ohio). Superado el obstáculo inicial, me pregunté qué podría volver a reunir a esos tres veteranos. En poco tiempo volví con ellos, los tres camaradas de mi propia creación juvenil, ahora viejos como yo, y vacilando aún entre el deber y la justicia. El resultado es *La última bandera*^[3], cuya adaptación cinematográfica se estrenará en cualquier momento.

Releyendo *El último deber* para preparar este prefacio,

3. Publicada en España por Berenice.

me avergoncé de algunos pasajes y deseé poder reescribirlos o eliminarlos. De otro lado, me impresionó la eficaz audacia del resto. Como guionista he aprendido desde entonces la disciplina y el vocabulario de la reescritura, de la demolición total y el rediseño de planos de planta enteros. Como novelista principiante, deposité más confianza en mis primeros impulsos.

Ahora me parece increíble que dejara escapar algunas de esas líneas, pero lo hice, y no voy a mirar críticamente sobre el hombro de mi yo más joven.

Darryl Ponicsán, 2017

Una nota sobre esa tilde que no apareció en la edición original de *El último deber*: hace varios años fui a Budapest y contacté con algunos de los Ponicsán que aún viven allí. Es un nombre extraño incluso en Hungría, aunque allí no es tan frecuente como aquí oírlo mal pronunciado. En Hungría es «paw-n-ah-CHON»; en América «PAWN-ah-son». Ya es demasiado tarde para corregir la pronunciación, pero nunca lo es para añadir una tilde si tienes la suerte de descubrir que eres dueño de una. Como patriarca del clan americano —cualquier persona que usted conozca con ese apellido está relacionada conmigo— ordené a todos los Ponicsán en América que usaran la tilde. Ninguno lo hizo.



UNO

A LAS NUEVE de la mañana, los barracones de tránsito de la Base Naval de Norfolk están desiertos, o casi desiertos; Billy Bad-Ass^[4], operador de señales de primera clase, duerme en la sala de televisión en el extremo más alejado de los mismos. A lo largo de la línea que divide por la mitad el ancho de los barracones se alinean las taquillas —«medias taquillas» en realidad—, unas encima de otras. Cada una de ellas está asegurada con una doble cerradura: de combinación para quienes odian guardar llaves, y normal para quienes odian recordar combinaciones o acostumbran a llegar ebrios después del toque de silencio. A cada lado de las taquillas se extiende una fila de literas dobles de metal. Todas las camas están hechas con esmero, no con los embozos trazados a escuadra, ni tan tensas como para hacer ejercicios gimnásticos sobre ellas..., pero esto no es un campamento de instrucción de reclutas. Algunas de las literas no tienen dueño y los colchones descansan enrollados en un extremo, manchados de orina, semen, sudor, escupitajos y gel fijador, y aplastados por una generación de marineros anónimos. Los somieres

4. *Cabronazo*. N del T.

son láminas metálicas cuyos límites de tolerancia fueron rebasados hace tiempo y nunca han recuperado su forma. Por su culpa, muchos marineros se han visto al levantarse incapaces de enderezar sus cuerpos y respirar con normalidad.

Junto a la puerta, por la parte de dentro, un aprendiz de marinero se frota las manos y ejecuta un pequeño baile para estimular la circulación sanguínea. Hace frío en el exterior, pero aquí en los barracones de tránsito el calor es suficiente para darle a uno un empujoncito. Se abre el chaquetón y camina sobre la *cubierta* recién pulida, con ese contoneo petulante que emplea cuando no hay nadie alrededor que lo supere en rango.

El aprendiz, como el operador de señales de primera clase en la sala de televisión, está en tránsito, ocupando temporalmente el puesto de ordenanza del MAA⁵. Vive como un rey en su cómodo destino, en el que puede tomar café y fumar tanto como le apetezca. No hay ninguna explicación de por qué tiene ese destino o por qué el pinche en la cocina tiene el suyo. Tal vez al *yeoman*⁶ de tercera clase responsable de los destinos en la base le gustara cómo sonaba su nombre.

Sabe perfectamente dónde encontrar a Billy, como también lo sabe el oficial que lo ha enviado. Billy tiene eso que incita al relajó: tiempo y en cantidad. Y lo que es más, lee un montón de libros, e incluso en ocasiones lee el mismo más de una vez.

De un extremo a otro de la entrada —que no tiene puerta— cuelga una cadena, y de esta un cartel: **RESTRINGIDO**. El ordenanza apoya una fría palma sobre

5. *Master-at-arms*: maestro de armas, oficial de la policía de la Armada. N del T.

6. Empleado administrativo de la Armada. N del T.

la jamba y se inclina sobre la cadena. Ve a Billy dormido en uno de los sofás rojos de piel sintética. Viste uniforme azul de paseo, lo que significa que pasó la noche en la *playa*^[7], lo que a su vez puede significar cualquier cosa, aunque en el caso de Billy seguramente no signifique nada. Tres galones rojos cortan diagonalmente su antebrazo. Tres pasadores de cuatro años cada uno. Y ya va a por el cuarto. Su brazo cuelga sobre el apoyabrazos y alcanza a tocar el suelo con las puntas de los dedos, no lejos de donde descansa su gorro blanco de marinero. Junto a este hay una maltratada copia en rústica de *El Extranjero* de Albert Camus, y al lado una botella vertical, casi vacía, de vino Ripple. Sus ronquidos son jadeos anhelosos y entrecortados.

El ordenanza pasa sobre la cadena. No hay rastro de su contoneo petulante. Sacude a Billy suavemente.

—Bad-Ass, despierta, ¿es que te pasas la puta diana por el forro? Te has perdido el desayuno.

Billy se remueve y rueda sobre su espalda. Sus ojos se abren y está despierto, sin más. Ni bostezos ni estiramientos. Tiende a abrir los ojos más de lo necesario, y la frente que estaba relajada en el sueño se arruga. Aparenta más edad de la que tiene, treinta y dos años.

—¿Dices que me he perdido el desayuno?

—Sí, son más de las nueve.

—Dime que no es por eso por lo que me despertaste, muchacho.

El ordenanza retrocede inquieto. Nadie aquí ha visto a Billy reaccionar de un modo violento, pero nadie lo tiene por un tipo pacífico.

7. La ciudad. N del T.

—No, hombre, el jefe me envió. Quiere verte de inmediato.

—Ya. ¿Y no le dijiste al jefe que podía irse a cagar a la vía?

El ordenanza sonríe.

—Lo hice, pero me dijo que estaba estreñado, y que si no te llevaba echando hostias me crujiría vivo.

—¿Qué puede hacerte?, ¿mandarte a la cocina?: diana a las cuatro y media, pringar hasta las ocho... Buen entrenamiento para un marinero novato.

—Vamos, hombre, no me toques los huevos, solo trato de ser amable. Creo que se trata de algo grande. Tal vez hayan llegado tus órdenes.

—Tal vez —dice Billy Bad-Ass—. Tal vez mañana esté a bordo de una nueva nave, rumbo a un nuevo lugar donde todo es diferente y nadie me conoce y yo no conozco a nadie. ¿Tienes un pito?

El ordenanza le da un cigarrillo; Billy se sujeta la cabeza con una mano y fuma.

—Me quedé dormido anoche, ¿sabes dónde?

—Sí, aquí.

—No, antes de eso. Me quedé dormido en las vías del tren. Sí; con la cabeza apoyada sobre un raíl. Me gusta planchar la oreja sobre el acero. Me pregunto qué aspecto tendrá un tipo al que le ha pasado un tren por encima de la chola. Algo sobre lo que pensar.

—¿Qué estuviste haciendo?

—Acababa de hacerlo gratis.

—¡No jodas!

—Sí, con la tipa de un radiotelegrafista del *Rockridge* retirado. No me costó ni un centavo. Incluso me regaló esta botella de vino cuando me fui. Estás hablando con el puto amo.

—Cuando vuelva a casa lo haré hasta hartarme y siempre gratis.

—Todo el mundo lo hace gratis en casa. Hacerlo en Norfolk: ¡ese es el reto! Pero chico, estás hablando con el Billy Bad-Ass original. Tú no has tenido coño desde que un coño te tuvo a ti. Tu madre me lo dijo. ¿Nunca has notado que te pareces mucho a mí?

—Ya, ya, ya...

—Ven, acércate un poco, muchacho. Voy a confesarte algo.

El ordenanza vacila. No se fía de Billy. Inclina la cabeza hacia él, pero no tan cerca que no pueda apartarse de un salto si tiene que hacerlo.

—A veces —dice Billy— creo que en la vida hay otras cosas además de coños. Te digo esto solo porque eres un buen chico y creo que puedes mantener un secreto. Billy Bad-Ass dice: hay otras cosas en la vida además de coños.

—¡Vaya, doctor Bad-Ass!, ¿puedo grabar eso en una placa para colgarla en mi taquilla cuando esté en el mar?

—Nunca enviarán al mar a un *cagarro* de pavo como tú.

—¡Y una mierda! Sé que mis órdenes estarán en alguna maldita caja de lata y que acabaré en la puta fuerza embarcada.

—¿Y adónde irá a parar esta Marina, confiando en un niño como tú en aguas profundas?

—¿Crees que me vuelve loco la idea? Ya sabes lo que dicen: el peor servicio en tierra es preferible al mejor servicio en alta mar.

—Has estado escuchando demasiados gimoteos de viejos cocineros que no deberían estar en la Marina; su

sitio está en algún figón de guisotes friendo cebollas. No hay nada mejor en el mundo que navegar... incluso si lo haces con la Armada. Mi puesto a bordo está en el puente, hablando con los barcos, tío; me comunico con ellos a través de millas de extensión líquida. De acuerdo, es solo otro operador de señales, pero ya sabes lo que quiero decir. En ningún lugar del mundo el aire es tan limpio, y puedes ver peces voladores o marsopas, e incluso una ballena con un poco de suerte. Al ocaso el cielo parece que estuviera en llamas, y al alba la brisa corta como una cuchilla de afeitar. Y luego están esas tormentas en las que tienes que atarte a la litera, pero que al amainar te arrullan y duermes como si fueras un bebé. Así que guárdate tu mierda sobre el servicio en tierra. Cuando estás en el mar haces un trabajo de hombres, y ya no queda mucho de eso. Además, allí no puedes meterte en problemas. Sin alcohol, sin coños, sin dinero. Solo un hombre y su trabajo.

—Jesús, Bad-Ass, para ya que me estoy poniendo sensiblón.

—Llevo tu *sensiblería*, encanto... colgando.

El ordenanza empuja el libro de Billy con la punta de su zapato.

—¿Qué estás leyendo? —pregunta.

—Un libro sobre un tipo que mata a otro.

—¿Alguien echa un polvo?

—No. Sí. El tipo echa un polvo.

—¿Está bien?

—Bastante bien. Este tío escribe a lápiz.

—¿Eh? ¿Cómo que escribe a lápiz?

—Muchos novelistas de ahora le hablan a un dictáfono. ¿Sabes?, nunca escribas un diálogo en una línea si

puedes estirarlo hasta llenar tres páginas; pero este tío, el tal Camus... es otro rollo.

—Deberías escribir libros porno, Bad-Ass, eres un pico de oro. Me gusta cuando todos follan y no pierden tiempo en descripciones.

—¿Sin descripciones? —dice Billy—. ¿Ni siquiera como: «Mi lengua, que parecía dotada de mente propia, se deslizaba sobre su suave muslo blanco hasta la oscura lencería de seda sobre su monte de Venus, y de ahí a través del cálido y húmedo abrigo de su gruta de la pasión»?

El ordenanza silba suavemente entre dientes.

—¡Por Dios, Bad-Ass! ¿Dónde aprendiste eso? Deberías estar escribiendo libros guarros.

Billy se yergue en su asiento. Vacía la botella de Ripple de un largo trago, le pone el tapón y la arroja a una papelería cercana. El estruendo pone a palpar sus sienas durante un momento. Luego le hace señales con las manos al ordenanza, que no entiende el alfabeto de deletreo: SIERRA, INDIA, LIMA, ECHO, NOVEMBER, CHARLIE, INDIA, OSCAR: Silencio. Hablar con sus manos usando el código de señales es un hábito del que se enamoró cuando aprendía su oficio. Practicaba mientras esperaba en la cola del rancho, estando de guardia o sentado en el váter, de modo que ahora sus manos se mueven tan rápidamente haciendo señales que parecen arrendajos azules acosando a un gato. Apenas si tiene conciencia de este hábito.

Se levanta, le da su gorro blanco al ordenanza y se coloca el libro debajo de una axila. Con el ordenanza a remolque, camina junto a la línea de taquillas, golpeándolas al azar con el puño y haciéndolas resonar en la hueca quietud de los barracones.

—Mira aquí, muchacho. Marineros. Cada taquilla un marinero. Mira esta abolladura: un codo. Aquí una rodilla, y aquí una cabeza. No hay parte del cuerpo humano que no tenga su molde en estas taquillas. ¿Sabes qué hay dentro? —golpea una taquilla—: ¡El *Nuevo Testamento*! —golpea otra—: Un consolador francés —sigue golpeando las taquillas—: Un ídolo de las Islas Vírgenes, una polla con alas de Nápoles, una foto enmarcada de un bombón rubio, una baraja de cartas cachondas...

Deja de golpear las taquillas cuando llega a su litera. Arroja el libro sobre el camastro, saca una toalla y se la coloca alrededor del cuello.

—Todos ellos juntos formarían un buen tratado de psicología.

—¿Qué hay en la tuya?

—Stephen Crane^[8].

—¿Quién es? —pregunta el ordenanza.

—Un escritor porno.

—Oh.

Billy saca su neceser de la taquilla y se lo lleva enganchado en el dedo meñique. Con el ordenanza a remolque, camina vacilante hacia los servicios haciendo señales con las manos: TANGO, INDIA, GOLF, ROMEO, ECHO. Se meten en el baño. Nueve de los diez urinarios están precintados con bandas sanitarias y marcados como «WC desinfectado». Billy escoge uno, rasga la banda y se afana con los trece botones de la bragueta de sus pantalones.

—¿Sabes, muchacho? Si yo fuera un marine no ten-

8. Periodista y escritor norteamericano, autor de *El rojo emblema del valor*. N del T.

dría que esforzarme con estos botones. Simplemente me quitaría la gorra.

El ordenanza se ríe. Billy arranca el precinto de un lavabo, lo llena de agua y hunde la cabeza en él.

El apellido de Billy, naturalmente, no es Bad-Ass. De la misma manera que Pigalle se convirtió en Pig Alley^[9], o que San Pablo se convirtió en Sand Pebble^[10], Buddusky se convirtió en Bad-Ass, apelativo que en la Marina se reserva para los más duros. El término se usa siempre junto al nombre *Billy* para aprovechar el efecto aliterativo del troqueo. Si ese no fuera su nombre de pila, sus camaradas lo habrían llamado Billy igualmente.

A Billy no le importa ni mucho ni poco que se adúltere su apellido. Lo cierto es que Buddusky en sí es la adulteración de algún otro apellido de sonido similar. Durante el gran empujón de la inmigración el abuelo de Billy, un ebanista de veinte años, aguardó su turno en las apretadas colas de la isla Ellis y dio su nombre a un funcionario del servicio civil que, cansado de los enrevesados apellidos polacos, escribió lo que buena mente creyó escuchar. El abuelo de Billy pensó que solo un estúpido ingrato cuestionaría la forma en que se hacen las cosas en América; así que a partir de ese momento se convirtió en Buddusky, y el otro apellido —cualquiera que fuese— jamás volvió a ser utilizado.

Su abuelo salió de Nueva York sin un rumbo definido prácticamente después de desembarcar, recalando en Pennsylvania, donde se ganó la vida como ebanista

9. Callejón del cerdo. N del T.

10. Guijarro. N del T.

en un taller de fabricación de órganos de iglesia. Pasó tres años en el área de Allentown-Easton-Bethlehem y fue considerado un sobrio y prometedor artesano. En Allentown conoció a Mary Grace Prosick, una costurera de su edad, y ambos resolvieron que casarse sería una sabia decisión crematística.

Un amigo le dijo que el carbón y el ferrocarril estaban convirtiendo la zona de Scranton-Wilkes-Barre en el lugar idóneo para formar un hogar. Las iglesias protestantes del Valle de Lehigh habían llenado los bolsillos del abuelo de Billy, pero este pensó que esa racha no continuaría indefinidamente. Se trasladaron a Scranton y se establecieron en un área conocida como Providence, un lugar agradable y acogedor de calles adoquinadas, levantado sobre suaves colinas y habitado por carpinteros mineros, ferroviarios y otros trabajadores y artesanos. Predominaban los alemanes, aunque había importantes enclaves de rusos, lituanos y polacos.

Fue en Scranton donde el abuelo de Billy logró el único galardón de su vida, la única distinción de la que pudo jactarse durante el resto de sus días: trabajó para la familia Scranton. En su misma mansión fabricó una vitrina de rinconera, y la familia quedó tan encantada con su destreza y con la belleza de su artesanía que fue retenido durante varios meses encargado de una porción de proyectos. Después de eso siempre podría decirle a los contratistas: «Trabajé para los Scranton y les gustó mi trabajo». Su familia nunca conocería la pobreza. Pudo describirles a sus amigos el interior de la mansión Scranton y comentar con ellos la personalidad de sus moradores. A menudo decía que el joven Bill Scranton sería gobernador algún día, y le hubiera gus-

tado enormemente verlo, pero murió tres años antes de aquel feliz acontecimiento.

El padre de Billy, el primero de cuatro hijos, nació en Scranton. Fue bautizado Stashu y satisfizo el deseo de sus padres de criar a un erudito. John, nacido dieciocho meses después, iba a ser aprendiz de ebanista, pero en vez de ello estuvo trabajando en la mina hasta que sobrevivió a su primer y último derrumbe. Después de eso se dirigió al oeste y murió en Tulsa al ser aplastado por una válvula que ayudaba a descargar de un vagón.

A continuación vinieron las dos chicas: Sophie y Ruth. Sophie murió a los diecisiete años cuando su madre le dio un cordial para un dolor de estómago que resultó ser apendicitis, y Ruth se convirtió en una vagabunda cuya única ilusión en la vida era despertar cada mañana en un pueblo diferente al lado de un hombre diferente. Billy no recuerda haber visto nunca a tía Ruth, y su nombre rara vez se mencionaba en casa.

Así que le tocó a Stashu cumplir el sueño de sus padres de tener un hombre con estudios en la familia, pues ni la historia de los Buddusky ni de los Prosick registraba un solo hombre con un título o diploma de algún tipo. Cuando Stashu recibió su título de grado en inglés de la Escuela estatal de docentes de Stroudsburg, la familia no cabía en sí de orgullo. Durante dos días, amigos y vecinos acudieron a casa a tomar cerveza y comer salchichas, empanadillas y tortitas, y si alguien hubiera dicho que, bien mirado, Stroudsburg no era una escuela tan buena, no podría haberse considerado responsable al padre de Stashu en caso de reacción violenta. Era un grado de cuatro años de una universidad acreditada, y Stashu era considerado en el campus como un estudiante excelente. Y lo que es más, había

conseguido una plaza como maestro en Andoshen, una ciudad minera a sesenta millas al suroeste de Scranton. ¡Por fin un Buddusky intelectual! Eso solo podría ocurrir en América. El padre de Stashu estaba satisfecho.

Stashu, sin embargo, no lo estaba. Él también se enorgullecía de su logro, pero no le parecía suficiente. En el fondo de su mente siempre había una voz que susurraba: «Estúpido polaco». Quería convertirse en el director de la escuela incluso antes de comenzar su primer día como maestro.

Desde el primer momento se presentó como un «joven y ambicioso maestro». Se ofreció voluntario para todos los comités que se lo solicitaron, y aceptó de buen grado todos los encargos. Era muy querido por sus colegas del claustro, pues no siendo estos tan ambiciosos, estaban felices de verse relevados de las tareas onerosas.

Pero nunca llegó a ser director. Ni siquiera consiguió una jefatura de departamento en la pequeña escuela. Al principio pensó que se debía a su origen polaco, pero la población de Andoshen era mayoritariamente polaca y lituana. Entonces pensó que la razón era que se esforzaba demasiado, así que se relajó. No volvió a presentarse voluntario a nada y gruñó de vez en cuando. Pronto descubrió que disfrutaba relajándose y dejó definitivamente de empujar. Su popularidad entre el alumnado, nunca alta, mejoró algo; la estima de sus colegas no disminuyó, y nunca fue jefe de departamento o director. Finalmente acabó confesándose que no era más que un estúpido polaco, y que también tenía derecho a descansar y a disfrutar de la vida. Nunca se molestó en buscar otro empleo.

Cuando tenía treinta años se casó con Ellen Berbow, una maestra de primaria de veintisiete, natural de

Andoshen. Tres años más tarde tuvieron un hijo, William James, y tres años después tuvieron otro, Ernest Scott.

A pesar de la reputación de su padre como intelectual de la familia, Billy, a los doce años de edad, ya lo consideraba un cabeza de chorlito, y esa temprana valoración de su progenitor no cambió con el paso de los años. Rechazando el consejo paterno de matricularse en la Escuela de docentes del estado de Bloomsburg, se alistó en la Armada. La razón por la que escogió esta rama concreta de las Fuerzas Armadas fue que su uniforme era el único que no requería corbata. En realidad, no tenía ninguna razón en absoluto para hacerse militar, salvo que le dijeron que podría retirarse cuando tuviera treinta y ocho años, y como la mayoría de la gente no lo hacía hasta los sesenta y cinco, la milicia parecía un buen negocio. Además, quería estar lejos de su padre, que tenía por costumbre arruinarle todas sus aficiones. La lectura, por ejemplo. Billy empezó a leer a una edad temprana y disfrutó de los libros hasta que su padre insistió en que los entendiera. A pesar de que su padre hablaba de libros hasta la náusea, Billy no dejó de leer. En vez de ello lo hizo a escondidas, y nunca le habló a su padre de ningún libro a menos que fuera de la escuela y no tuviese más remedio. Los otros libros, los que de verdad le importaban, los leía y consideraba por sí mismo. Le costó años poder leer un libro ignorando las exigencias de su padre. A los dieciocho años Billy hizo un descubrimiento que mejoró la relación filio-parental. Descubrió la geografía, y puso toda la que pudo entre él y su familia.